

# El amor entrañable del Padre

## 4º Domingo de Cuaresma

*Se acercaban a Él todos los publicanos y pecadores para oírle, pero los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Este recibe a los pecadores y come con ellos». Entonces les propuso esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos. El más joven dijo a su padre: “Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde”. Y les repartió la hacienda. A los pocos días, el hijo menor, reuniéndolo todo, se marchó a un país lejano, donde malgastó su fortuna viviendo con desenfreno. Cuando lo hubo gastado todo se declaró un hambre extrema en aquella región y comenzó a pasar necesidad. Fue y se ajustó con un hombre de aquel país que le mandó a su hacienda a guardar cerdos. Deseaba saciar su hambre con las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Recapacitó y se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, iré a mi padre y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros”».*

*Se levantó y fue hacia su padre. Cuando todavía estaba lejos, lo vio su padre, y lleno de compasión corrió a su encuentro, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Le explicó el hijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “¡Sacad enseguida el mejor vestido y ponédselo! Ponedle un anillo en su mano y sandalias en sus pies. Traed el ternero cebado y matadlo. Comamos y celebremos fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado”. Y comenzaron a festejarlo. El hijo mayor estaba en el campo y al volver, cuando se acercaba a la casa, oyó la música y los cánticos, y llamando a uno de los criados le preguntó qué pasaba. Éste le dijo: “Ha llegado tu hermano y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano”. Se enfadó y no quería entrar, pero su padre salió y trató de convencerlo. Él contestó a su padre: “Ya ves cuántos años que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya y nunca me has dado un cabrito para festejarlo con mis amigos, y ahora que ha llegado ese hijo tuyo que disipó tu fortuna con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. Pero él respondió: “Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Convenía festejarlo y alegrarse, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado”».*

Lc 15,1-3.11-32

Cuando contemplo esta escena y esta parábola del amor entrañable del Padre, de la forma de actuar de los hijos, tanto de uno como de otro, me lleno de ternura, de cariño y de amor. No puedo menos de quedarme asombrada de ese amor tan grande que tienes y que lo haces a través de esta parábola. Tú eres ese Padre y yo soy ese hijo pródigo o ese otro hermano también envidioso. Así eres Tú,

Jesús: Tú eres un amor infinito, Tú tienes siempre un amor de Padre entrañable, tienes un amor paternal. Y cómo nos amas, cómo y con qué ternura, con qué paciencia, con qué aguante... Muchas veces mi vida es como la del hijo pródigo: quiero salir del hogar de tu corazón, quiero dejar todo, una vida mejor —según mis criterios—, y me voy de tu corazón. Y qué vida... Siento tristeza, soledad... No comprendo una vida sin ti. Y cuando estoy en lo profundo de mi miseria, en lo profundo de mis vacíos, dejo todo y camino a los brazos tuyos... y allí estás Tú, esperándome, saliendo a mi encuentro.

Cómo me emocionan los verbos de la parábola: su padre "lo vio" y "se conmovió" y echando a "correr" se le "echó al cuello" y se puso a "besarlo". Así eres Tú: corres a encontrarte conmigo, corres a darme todo tu amor ante esta pobreza y esta forma de ser. Él es el que corre y está loco de amor por mí. Así eres... Y cómo oigo: "Vestirlo. Ponedle el mejor traje. Ponedle un anillo en la mano". Nos invita a participar de su banquete, de su amor. Me emociono con esta actitud tuya, Jesús, me emociono... ¡Qué importante es el amor!

Ese hijo también mayor que le dice: "¿Pero por qué te pones así? Todo lo mío es tuyo". Una parábola para llenarnos de ternura y para darme todo el amor que Tú tienes. Y pienso tanto, tanto en mi forma de actuar... Pienso en que me esperas, aunque venga descarriada. ¿Y qué me empuja a volver? Como el hijo pródigo: el hambre de ti, el deseo de estar en tu casa. ¿Y por qué te he abandonado de esta manera? Por querer llevar mi propia vida. Pero ¿cómo? Aprovechándome de lo tuyo, de tu herencia.

Gracias, Jesús, por este encuentro y gracias por esos momentos... Y Tú me dices que tenga misericordia, que todo lo tuyo es mío. No condenas a ninguno. ¡Qué impacto! ¡Qué impresión de parábola! A uno lo amas como viene... y al otro lo amas como viene. Éste es el amor, éste es el cariño, ésta es la ilusión de un Padre que ama hasta el extremo, hasta el límite, hasta dar la vida. Se queda sin nada. Amor, misericordia, perdón... Gracias, Jesús. Perdona mis faltas de amor, perdona mis alejamientos de ti, perdona el aprovechamiento de tus dones, pero correré, iré, volaré hacia ti y caeré en tus brazos para aprender lo que es el verdadero amor.

Jesús, quiero releer muy despacito esta parábola, quiero leer y ver cómo actúas Tú en todos los momentos, cómo actúa este hijo pródigo, y cómo actúa este otro hijo, que siente esa envidia y ese malestar porque hacen fiesta por su hermano que ha venido. Y me quedo ahí, reconociendo tu bondad, tu misericordia, tu perdón. Que aprenda a amar, que aprenda a perdonar, que aprenda a reconocer mis faltas, mis alejamientos de ti. Y me quedo con estos verbos que me impactan tanto: su padre lo vio... y se conmovió... y echando a correr... se le echó al cuello... y se puso a besarlo... Ponedle el traje... ponedle el anillo en la mano...

Le pido a la Virgen que me ayude a reconocermelo como este hijo pródigo, que me dé esa hambre de ti para que vuelva a casa, que entre en el banquete de tu corazón y que me deje limpiar, vestir y ponerme el traje de la alegría y de la fiesta porque estoy disfrutando del amor de tu corazón. Y termino pensando:

### El amor entrañable del Padre.

¡Que así sea!